

pestad, pudieron llegar acaso al Fusang misterioso; pero de seguro que jamás volvieron de allí trayendo nuevas de lo que habían visto. No era el Fusang el mundo de Colón, sino un país imaginario donde la fantasía vulgar y materialista de los chinos ponía mayor fertilidad, abundancia y riqueza que los europeos pusieron más tarde en el Dorado. Lo único cierto era que más al oriente del Japón poco ó nada conocían los chinos. Sólo presumían la indefinida extensión de un Océano mucho más ancho que el que separa á España de las tierras por Colón descubiertas. ¿Qué había en el extremo de este Océano? Quién sabe. Acaso el extremo de la tierra en que vivimos; el borde del disco; los lazos que atan la tierra al firmamento y que la sostienen suspendida en el éter. Morsamor veía en todo esto un misterio hasta entonces velado; pero le impulsaban á romper el velo su misma oscuridad y la vaga esperanza de que fuese cierto lo que habían pensado los sabios antiguos de Grecia y lo que Colón había intentado y hasta había creído demostrar yendo por Occidente al extremo Oriente.

Decidido, pues, Miguel de Zuheros, y habiendo infundido en los de la nave confianza en su decisión, dejó en Macao al señor Vandenpeereboom y á Fray Juan de Santarén, haciendo el uno negocios, y haciendo sermones el otro, y

zarpó con su nave con rumbo hacia lo desconocido.

XXXVI

Mientras más se piensa en ello más axioma parece la sentencia de don Hermógenes, declarando que todo es relativo. En el viaje, *Desde Toledo á Madrid*, del maestro Tirso de Molina, apenas había caminado legua y media y llegado á las ventas de Olias, cuando exclama la melindrosa Doña Mayor: *nunca imaginé que era tan largo el mundo*. En cambio, el egregio poeta Leopardi prorrumpe en amargos lamentos porque el mundo le parece muy chico. Y es lo peor para él, que mientras 'más mundo se descubre más el mundo se empequeñece. Leopardi no cabe en el mundo.

Los tripulantes de la nave de Morsamor, de la nueva *Argo*, ya que con tal nombre había sido confirmada, se asemejaban más á Doña Mayor que al poeta. Todos hallaban y no sin motivo que el mundo era mayor de lo que habían imaginado. En efecto, habían ido más allá de cuanto habían surcado con sus quillas los más audaces navegantes, árabes, chinos, japoneses y portugueses; más allá de lo hasta entonces explorado y hasta soñado. Nadie había llegado jamás á donde ellos estaban, ó si había llegado nadie ha-

bía vuelto. Hacia ya no pocas semanas que sólo veían cielo y mar. El mar se les antojaba infinito como el cielo. Y no sólo era pasmosa la extensión de su superficie, sino que también lo era su profundidad insondable. En aquella soledad imponente, sublime terror pesaba sobre los espíritus durante la noche; pero rayaba la aurora, todo se bañaba en luz y en vivos colores, y el sol rutilante y glorioso doraba el aire y esmaltaba de púrpura y de líquida plata las ondas azules.

El piloto Lorenzo Fréitas y el mismo Morsamor, que en el retiro de su convento había estudiado y aprendido no poco de la náutica y de la cosmografía, conocidas entonces, no habían dejado de hacer sus observaciones y sus cálculos y sabían que habían pasado la línea equinoccial, y que iban navegando con viento favorable y con rumbo al sudeste. Lo que no acertaban á determinar por su ignorancia del tamaño de la tierra era si habían llegado ó habían pasado ya bajo el semicírculo imaginario que, completando el semicírculo que pasa por Lisboa y toca en los polos del mundo, le divide en dos partes iguales. Si esto hubiesen sabido, hubieran sabido también lo que por experiencia trataban de inquirir: la forma y el tamaño de nuestro planeta. El intrépido aventurero y el hábil piloto, presumían, no obstante, que habían pasado ya el meridiano, ó mejor diremos el antimeridiano de Lisboa. En

la imaginación de ambos, cuando culminaba el sol sobre sus cabezas, aquella hermosa ciudad se mostraba envuelta en las densas sombras de media noche, merced al impetuoso giro del firmamento todo, que daba rapidísimas vueltas é iba iluminando alternativamente nuestra pobre morada, ó merced acaso al rodar de la tierra que en Salamanca, en Coimbra y en Sevilla habían presentido y sospechado antes de que Galileo lo sintiese y lo asegurase. En Sevilla, Morsamor había oído hablar mucho de todo esto á Fray Ambrosio de Utrera y á sus ilustres amigos, cosmógrafos y pilotos examinadores de la Casa de Contratación, entre los cuales se contaban Alonso de Chaves, Rodrigo Zamorano y el joven y magnífico caballero Pedro Mexía. De ellos, y de su propio estudio, había aprendido Morsamor, y algo se le alcanzaba del uso del astrolabio, del cuadrante, de la brújula y de otros instrumentos y de la manera de marcar el punto en que un barco se halla. Y como él y Lorenzo Fréitas coincidían en la opinión de que cada grado de la esfera tenía por el ecuador ó por su anchura máxima quinientos estadios, cuando se creyeron en la parte opuesta del meridiano de Lisboa, creyeron también que distaban noventa mil estadios de dicha ciudad, y que todavía, sin contar los rodeos que tendrían que dar, necesitaban navegar otros noventa mil estadios para

volver á la patria. Calculando por leguas, aunque es medida menos exacta y más variable, y atribuyendo á cada grado veinte leguas de longitud, aún tenían que andar tres mil y seiscientas leguas para llegar á Lisboa en línea recta y sin ningún tropiezo.

Para no asustar á la gente de á bordo, Morsamor y Fréitas se guardaron bien de comunicarles el resultado de sus cálculos.

En la nave, que había salido abundantemente provista de Macao, había agua potable y viveres para bastante tiempo. Todos, sin embargo, empezaban á tener miedo, aunque lo disimulaban y aunque todavía no se había convertido en descontento. Sólo Tiburcio se mostraba impasible y alegre, procurando con sus chistes ahuyentar del ánimo de Morsamor los malos espíritus que le atormentaban, á pesar de su esperanza de salir triunfante de aquel empeño.

Muy raras cavilaciones solían asaltar la mente de Morsamor, y no eran las menos raras las que tenía al pensar en Tiburcio. Nunca se atrevía á comunicárselo. Procuraba además, arrojarlo de su propio pensamiento como indigna extravagancia; pero recelaba á veces que en Tiburcio había algo de sobrehumano ó de *extrahumano*: un no sabemos qué de diabólico, á pesar de que Tiburcio era tan fiel, tan servicial y para con él tan bondadoso y tan divertido, que aun suponiendo-

le diablo, le calificaba de *buen diablo*. Entendía Morsamor, que si Tiburcio se deleitaba en actos pecaminosos, era con superior permiso, para sacar bálsamo del veneno y para dirigir y levantar la maldad rastrera á fines excelentes, ordenados por la Providencia. Y yendo más lejos aún, en esta suposición, que desechaba al punto por herética y de la que nunca dejaba de retractarse, fantaseaba que, así como hay diablos en el infierno, también debía de haberlos en el purgatorio, para cuidar de las ánimas benditas y para atormentarlas, no por mero y cruel castigo, sino á fin de que quedasen limpias de toda mácula y capaces ya de perdurable vida. Claro está, que si había diablos de esta clase y si Tiburcio contaba entre ellos, al cabo llegaría un momento en que hasta Tiburcio cumpliría su condena y se encontraría indultado y horro de la esclavitud de la culpa. No poco de tan extraña opinión podía apoyarse, según Miguel de Zuheros había oído al Padre Ambrosio, en varias sentencias de Orígenes y de San Gregorio de Nisa. Entiéndase, á pesar de lo expuesto, que Morsamor no perseveraba en tales errores y que abjuraba de ellos por vitandos y nefandos.

Como quiera que fuese, esta navegación que iban haciendo ahora era tan melancólica y tan tétrica como había sido amena y bulliciosa la que Morsamor y Tiburcio, acompañados de

donna Olimpia y de Teletusa, habían hecho desde Lisboa hasta Melinda.

XXXVII

Siguieron pasando días sin que nada interrumpiese la monotonía de aquella larga navegación. La Providencia, el destino, los genios ó los nùmenes que gobiernan el viento y las olas, ó la misma estrella de Morsamor, según cada uno quisiera explicárselo, dispusieron las cosas de manera que la nueva *Argo* no halló en su camino tierra alguna donde pararse. Aquellos mares parecían tan hondos que habían reprimido el empuje del fuego central impidiendo que brotasen islas montañosas sobre su superficie. El coral y las madréporas no habían levantado arrecifes por ninguna parte ni habían formado atolones. Así al menos lo presumían Morsamor y los demás tripulantes cuando, cada vez que rayaba el alba, tendían la vista hacia los cuatro puntos del horizonte y sólo percibían el haz azulada y uniforme del vasto Océano. Tal vez habría islas y hasta grandes é ignorados continentes al Norte ó al Sur de la derrota que seguían, pero todo se ocultaba á la vista de ellos.

El terror de los tripulantes se aumentaba con la persistencia de tanta soledad. Aunque había abundancia de viveres, arroz, harina de trigo,

aceite y galleta hasta para años, se temía que faltase el agua potable. En la nave no dejaba de haber ya quien encontrase el agua malsana y corrompida. El cansancio, lo poco variado y apetitoso de la alimentación, el miedo, el mal humor y hasta el aburrimiento trajeron la enfermedad á bordo. En pos de ella vino la muerte y empezó á sacrificar víctimas. La resignación y la paciencia se fueron agotando. El amor, el respeto y la confianza que Morsamor inspiraba se trocaban ya en descontento y hasta en odio.

Tiburcio era quien permanecía más entero y confiado en medio de todo. Hasta de la no aparición de tierra alguna deducía él faustos pronósticos y la consideraba como signo de buen agüero:

— Ó no hay, decía, ó si hay no quiere el destino que descubramos terreno donde fijar el pie para obligarnos así á que lleguemos al fin al continente que descubrió Colón; á que le atravesemos por un estrecho de mar ó á que le rodeemos por su extremidad Sur, como ya rodeamos el África por el Cabo de las Tormentas y á que volvamos triunfantes á la gran ciudad de Lisboa.

Á menudo arengaba Tiburcio á los marineros y á los soldados, pero los hechos eran más elocuentes y persuasivos que las palabras. Ora vientos contrarios y borrascas que combatían la nave, ora pesadas calmas que la detenían en su ca-

rrera, vinieron á dar pábulo á la irritación general. De temer era que la sublevación estallase de un momento á otro.

Tomás Cardoso, grande amigo, admirador y fiel satélite de Miguel de Zuheros, había apaciguado los ánimos durante no poco tiempo y había procurado mantener viva en todos la esperanza; pero Tomás Cardoso acabó también por perderla y por cambiar su papel de apaciguador en el de cabeza de motín.

Era Tomás Cardoso el más á propósito para este oficio. Por su gigantesca estatura descollaba sobre los demás hombres. Ágil y fornido, los dominaba y acaudillaba.

En su desesperación, no sabiendo á que arbitrio recurrir, los tripulantes decidieron volver atrás con diferente rumbo, ó para ver si hallaban alguna tierra en que remediarse, ó para ver si lograban aportar al Japón ó volver á la China ó á la India.

Con esta embajada fué Tomás Cardoso para imponerse á Morsamor, á quien halló solo en la pequeña cámara del buque.

Morsamor se negó á todo, si bien más suplicante que enojado, y alegando con suavidad y dulzura que, en el extremo á que habían llegado, era ya más peligroso volver atrás que seguir adelante; que la misma razón había para suponer tierras intermedias siguiendo hacia el Orien-

te que dirigiéndose hacia cualquier otro punto; y que, si el mar que surcaban no era interminable, más cerca debían de estar ya del mundo de Colón que del puerto de que habían salido y hasta que de las costas japonesas.

Tomás Cardoso replicó á Morsamor no con razones sino con quejas. La conversación se fué agriando y se trocó en disputa. Los dos interlocutores estaban solos. Cardoso había echado á rodar todo respeto. Tenía muy poca fe en la elocuencia de sus razonamientos y sobrada fe en la energía de sus puños. En mal hora quiso intimidar á Morsamor, quiso abusar de su fuerza y le echó mano al cuello con violento ultraje. Firme y poderosa era la mano de Cardoso. Si hubiera asido bien á Morsamor, le hubiera derribado y hasta aplastado; pero Morsamor, antes de que Cardoso le agarrase bien, se desprendió y se deslizó de entre sus garras, retrocediendo de un brinco hasta la pared de la cámara. Morsamor desenvainó entonces la daga que llevaba en el cinto, y, exclamando, — ¡defiéndete, miserable! — se arrojó sobre Cardoso, que desnudó también su puñal y le aguardó sereno.

El impetu y la destreza de Morsamor eran incontrastables. Con el brazo izquierdo paró el golpe que Cardoso le asestaba, y con acierto pasmoso hundió su daga en el pecho del rebelde hasta la empuñadura. Atravesado el corazón,

Cardoso cayó con estruendo en el suelo sin poder decir ¡Dios me valga! Al ruido abrieron la puerta y entraron en la cámara varios parciales de Cardoso. Allí hubieran vengado su muerte con la de Morsamor, si no hubiera acudido Tiburcio en su socorro con no pocos que permanecían fieles. La lucha fué entonces horrible en toda la nave, y Morsamor, que tanto deseaba laureles incruentos, antes de los laureles tuvo la sangre. Mucha se vertió, aunque la rebelión fué vencida. Con la muerte sofocaron y castigaron Morsamor y Tiburcio aquella rebeldía. Quince cuerpos muertos de sus más valientes compañeros fueron arrojados al mar y pasto de los peces.

La autoridad de Miguel de Zuheros se restableció y fortaleció en cuantos quedaron con vida. Y aterrados unos por el castigo y entusiasmados otros por el valor y la serenidad que Morsamor y Tiburcio habían mostrado, resolvieron seguirlos sin más dudar ni vacilar, aunque los llevasen al mismo infierno.

Honda tristeza abrumó el ánimo de Morsamor después de su triunfo. Á par que se complacía en él, se afligía de haberle pagado tan caro.

En la melancólica hora del crepúsculo vespertino su preocupación fué más intensa y revistieron más negros colores los fantasmas de su imaginación atribulada. Parecía que estos fan-

tasmas, saliendo de lo profundo de su mente, tomaban cuerpos vaporosos y se proyectaban y se hacían visibles en el aire. De esta suerte, con ceño adusto y vertiendo sangre de su honda herida, el espectro de Tomás Cardoso se mostraba á los ojos de Morsamor siguiendo la nave. En el rumor, que al quebrarse en sus costados hacían las olas, Morsamor creía oír por momentos sollozos, maldiciones y gritos de venganza, y tal vez se figuraba que surgían de la mar las cabezas de los compañeros muertos, que venían nadando y pugnando por detener la nave ó por hacerla virar hacia el Oeste.

Creció la obscuridad. La noche se venía encima. Miguel de Zuheros tuvo entonces una visión extraña de tal consistencia, que le pareció realidad y no delirio de la mente. Podría ser espejismo, algo cuya causa él no se explicaba, pero algo que estaba fuera de él: que era real y no imaginado. Á no mucha distancia de su nave, vió Morsamor otra nave que navegaba á toda vela con próspero viento y en dirección contraria. Sin duda no era falsa la visión, porque Tiburcio y los marineros afirmaban que la habían visto, aunque pronto se había perdido en la sombra. El piloto Lorenzo Fréitas afirmaba más aún porque su vista era perspicaz como la del águila. El piloto afirmaba que también había visto la nave, que en el tope de su palo mayor ondeaba la

bandera de Castilla y que en su proa se figuraba haber leído este nombre simbólico: *Victoria*.

XXXVIII

Aquella noche caviló mucho Morsamor sobre la aparición, real ó fantástica, de la nave *Victoria*, y habló del caso con Fréitas y Tiburcio. Tiburcio sostenía que todo había sido ilusión óptica, fenómeno parecido al de la *fata morgana*. Y por el contrario, Fréitas concedía completa realidad á la visión y hasta llegaba á triplicarla, sosteniendo que en pos de la nave *Victoria*, aunque á mayor distancia y esfumadas en la vaga penumbra, había visto pasar otras dos naves. Más que á la opinión de su doncel, se inclinaba Morsamor á la del piloto. Sobre ella alzaba un cúmulo de suposiciones. Recordaba que, hacia ya tres ó cuatro años, dos portugueses, uno de los cuales se llamaba Ruy Falero, habían ido á ofrecerse al soberano de España para ir á la India, navegando hacia Occidente, salvando el mundo de Colón y surcando luego el ancho mar descubierto por Balboa. ¿Llevaría la nave *Victoria* por capitán al mencionado Ruy Falero?

Tiburcio respondía á esto que él también recordaba lo que decía Morsamor, pero que recordaba asimismo que Ruy Falero había perdido el juicio y que habían tenido que encerrarle

en una casa de locos. Fréitas dijo entonces:

—Será cierta la locura de Ruy Falero, mas yo os aseguro que el camarada que iba con él, y á quien conozco y trato desde hace años, tiene tan bien sentado el juicio que es muy difícil que le pierda, y es tan tenaz en sus propósitos y tan brioso y capaz de realizarlos, que no me pasmaría yo de que lo consiguiera. Acaso la nave que hemos visto no lleva en vano el nombre de *Victoria*. Acaso va mandándola el otro portugués de cuyo nombre no os acordáis.

—¿Y cómo se llama ese otro portugués?, preguntó Miguel de Zuheros.

—Ese otro portugués, contestó Fréitas, se llama Fernando de Magallanes.

Rarisimo personaje era Morsamor. Tal vez los que lean esta historia calificarán de inverosímil su carácter, pero á menudo parece inverosímil lo más verdadero. Morsamor carecía de vanidad y era todo orgullo. La envidia y los celos no entraban en su alma. Hasta la misma emulación tenía en ella poca cabida. Y su orgullo era tan expansivo, que Morsamor, con tal de que él alcanzase y mereciese el triunfo, no se apesadumbraba, sino que se alegraba de que alguien pudiera alcanzarle al mismo tiempo que él, asegurándole así para la gente de su nación ó de su casta.

—Si en la nave que hemos visto ó imaginado

ver va Fernando de Magallanes, yo, dijo Morsamor, me alegro con toda mi alma. Él ó yo, ó ambos, volveremos á la patria, después de haber recorrido toda la redondez de la tierra. Segura es ya nuestra gloria, y no será menor aunque sea compartida. Él y yo mereceremos que se diga de nosotros que, al dar cima á nuestra empresa, ambos levantamos un arco triunfal y abrimos una nueva era en la historia del humano linaje; agrandamos por experiencia el concepto de las cosas creadas, y empezamos á revelar los arcanos del universo visible. Poco me importa que no sea sólo del camino que llevo y de la nave en que voy, sino también de la nave en que él va y del camino que él lleva de quien digan los contemporáneos entusiasmados: «Fué el camino que esta nao hizo el mayor y más nueva cosa que desde que Dios crió el primer hombre y compuso el mundo hasta nuestro tiempo se ha visto, y no se ha oído ni escrito cosa más de notar en todas las navegaciones después de aquella del Patriarca Noé; ni aquella nao ó arca en que él se salvó del universal diluvio navegó tanto como ésta».

Al rayar el alba de la noche en que Morsamor había pensado y hablado así, como si Dios quisiese darle premio, aparecieron en lontananza, destacándose sobre el fondo de púrpura y nácar del cielo oriental iluminado ya por el

día, elevadas montañas que parecían dilatarse de Norte á Sur en extensión grandísima. La nueva *Argo* estaba ya cerca del continente que buscaba y todos sus tripulantes doblaron las rodillas y dieron gracias al cielo.

Harto sabía Morsamor, desde antes de que abandonase su convento, las tentativas infructuosas y desgraciadas que, para hallar paso por mar del Atlántico al Pacífico, se habían hecho hasta entonces. Recordaba sobre todo, por ser más reciente, el viaje de Juan Díaz de Solís, piloto de la Casa de Contratación de Sevilla, el cual había navegado por los mares del hemisferio austral hasta más allá de los 35 grados de latitud, sin hallar término al nuevo continente ni estrecho alguno por donde se pudiese salir navegando al mar del Sur descubierto por Balboa. Juan Díaz de Solís había llegado hasta una inmensa bahía por donde desembocaba en el mar un río muy caudaloso. Luchando allí con ciertos belicosos y fieros salvajes, llamados charruas, Solís había perdido la vida. El barco que él mandaba quedó abandonado en aquellas distantes é incógnitas playas, pero otros barcos que le habían acompañado en su expedición volvieron á Sevilla y dieron cuenta de todo. Morsamor sabía, pues, que no hallaría paso al Atlántico sino más al Sur de los 35 grados. Por eso había navegado con rumbo al Sudeste y cuando se

aproximó á la costa occidental del Nuevo Mundo se hallaba á los 36 grados de latitud austral. No sin recelo y con extraordinaria cautela para evitar encuentros y combates con gentes desconocidas y bárbaras, Morsamor y los suyos saltaron en tierra en busca de agua potable. Fertilísimo era el agreste é inculto suelo que pisaron. Majestuosas montañas se levantaban no lejos de la costa, y desde los manantiales que brotaban en lo alto, por entre las rocas, descendían por la agria pendiente arroyos de agua cristalina y hasta caudalosos rios de rápido curso. Selvas de lozana y frondosa vegetación, que en algunos puntos las hacía impenetrables, se extendían por donde quiera y venían avanzando hasta la orilla del mar. Nuestros viajeros reprimían su curiosidad y no querían explorar nada, anhelando sólo hallar el paso que buscaban. Se contentaron, pues, con tomar agua potable y llevarla en odres y en pipas al buque y con cazar multitud de palomas y de ánades silvestres y algunos á modo de ciervos que en grandes manadas vagaban por la espesura de aquellos bosques.

El país era espléndido. Abetos y pinos de airoosas y extrañas formas, nunca vistas por los europeos, descollaban sobre la pomposa verdura de helechos arborescentes, mirtos, laureles y otros árboles hermosos, desconocidos y sin nombre hasta aquel día. Pero Morsamor buscaba con

ansia el estrecho ó el fin del continente y nada de aquello le seducía ni le convidaba á detenerse.

El viento le fué propicio y avanzó con rapidez hacia el Sur. Aunque había llegado el verano de aquellas regiones, el frío empezó á sentirse. La costa parecía que no acababa nunca. Lo que iba acabando era la paciencia de Morsamor y de sus compañeros.

El estrecho deseado apareció por fin, consolándolos y entusiasmándolos. La nave *Argo* entró por él con valentía. Por intrincado laberinto de densos bosques, de tajados riscos y de altos cerros cubiertos de nieve iba prolongándose el canal en mil tortuosos rodeos. Ya menguaba su anchura como comprimida por los abruptos cantiles que se alzaban en una y otra margen alpestre, ya dilatándose el estrecho formaba ingente lago, en cuya faz, que apenas rizaba la brisa, se reflejaban la luz del cielo, ora nubes oscuras, ora el sol refulgente, y los escarpados cerros que parecían circundar el agua formando anfiteatro. La nieve de sus picos, como obeliscos y pirámides de bruñida plata, se duplicaba por el reflejo, y á par que resplandecía en lo sumo del aire se veía en el temeroso fondo del agua, donde, duplicándose también el cielo, hacía que imaginase Morsamor que la nueva *Argo* estaba suspendida entre dos abismos.

Los que navegan hoy cómodamente por aquel

estrecho, á bordo de un barco de vapor, no pueden ver la sublimidad de la escena ni pueden sentir el pasmo aterrador de los que por vez primera le cruzaron. No van, como Morsamor iba entonces, en frágil barco y á merced del viento que se oponía á su marcha, si era contrario, ó si amainaba, casi le dejaba inmóvil á pesar de las más hábiles maniobras.

Hoy es corto el tránsito por aquel estrecho. Entonces parecía que duraba un siglo. Y la naturaleza circunstante, esquivo hasta entonces al hombre civilizado, que nunca fijó en ella sus miradas dominadoras, se alzaba soberbia en contra de él, procurando atajarle y sobreexcitando su ánimo con la amenaza de mil peligros, ya verdaderos, ya exagerados por la fantasía.

Espesa niebla envolvía á veces la nave, y á causa de la niebla, así como durante la noche, era menester ir con lentitud y precaución, para no tropezar en un escollo ó encallar en un bajío. Á veces se encapotaba el cielo, deslumbraban los relámpagos y resonaba el trueno repercutido por los peñascos y multiplicado por los ecos. La tempestad acababa desatándose en torrentes de lluvia ó en abundantes copos de nieve. Luego se serenaba el aire y el sol resplandecía. Tal vez el iris se dilatara sobre el estrecho en arco majestuoso, cuyos estribos eran los cerros de una y otra margen.

Á veces asaltaba á los atrevidos navegantes el recelo de no acertar á salir de aquel laberinto y de tener que morir allí. Los peligros, que en cierto modo habían sido silenciosos é invisibles en el grande Océano, se mostraban allí más á la vista y turbaban los espíritus y molestaban y herían los oídos con acentos y voces. Ya aparecían en los peñascos voraces lobos marinos, ya se veían revolando y cerniéndose á grande altura águilas ó buitres de mayor tamaño y pujanza que los de Europa, ya seguían ó cercaban la nave bandadas de enormes *albatros*, hostigados por el hambre y buscando alimento. Lorenzo Fréitas y algunos otros marinos que, á falta de catalejo, tenían muy perspicaz la vista, aseguraban haber columbrado en la costa de la izquierda vagar hombres salvajes y feroces de descomunal corpulencia. No vacilaban en conjeturar que el menor de dichos hombres era de tan colosal estatura, que de fijo el más alto de cuantos iban en la nave no le llegaría con la cabeza debajo del brazo. Para acrecentar más el susto, no bien declinaba la tarde salían de sus ocultas madrigueras feos murciélagos, que tenían en el hocico como un hierro de lanza y que se suponía que eran vampiros y vagaban en torno de la nave y hasta se posaban en los mástiles y en las velas. En medio de las tinieblas nocturnas solía oírse el lúgubre silbido de las lechuzas y de los buhos.

Como no hay mala ventura que no tenga término, la nave *Argo* logró casi vencer los obstáculos todos y se encontró al final del estrecho y muy próxima á lanzarse en la amplitud del Atlántico. Larga y profunda calma tuvo, sin embargo, parada la nave é impaciente su tripulación durante muchas horas. Pero, no hay mal que por bien no venga. Sin esta forzosa detención no hubiera ocurrido el extraño caso de que se dará cuenta en el siguiente capítulo.

XXXIX

Cuán pasmosa no sería la sorpresa de Morsamor, de Tiburcio y de sus compañeros, cuando, al llegar la noche del día desde cuya mañana estaban detenidos, oyeron lastimeros gritos que se alzaban por el costado izquierdo de la nave y que decían en lengua castellana: ¡Socorrednos: tened compasión de nosotros! ¡Recibidnos á bordo!

Dirigieron entonces las miradas hacia el punto de donde venían las voces y vieron cerca de la orilla á dos hombres vestidos á la europea, si bien con trajes desordenados y rotos. Echaron al agua la chalupa, fueron en busca de aquellos dos hombres, los trajeron y se los presentaron al capitán que, maravillado y compasivo, contemplaba los desencajados rostros, la palidez

enfermiza y el aspecto abatido y miserable de sus huéspedes imprevistos.

—¿Quiénes sois, desventurados?—les preguntó Morsamor.

Uno de ellos, al parecer el más joven y el menos fatigado y enfermo, tomó la palabra y dijo:

—Yo, señor, soy Juan de Cartagena y salí de Castilla mandando uno de los cinco bajeles que trajo el portugués Fernando de Magallanes para lograr su propósito de ir más allá de este continente, por su extremidad ó por un estrecho, y de llegar á la India, caminando siempre hacia el Oeste. La insufrible soberbia del portugués y los malos modos y la aspereza con que me trataba me movieron á rebelarme contra él cuando aún estábamos en el Golfo de Guinea. Magallanes me venció y me tuvo preso. Fué tanta su crueldad que permanecí en el cepo, durante muchas semanas, hasta que llegamos cerca de estos lugares. Hartos mis compañeros de sufrir al portugués, á quien ya tenían por loco, y recelando que los llevaba á perdición segura, se sublevaron contra él en una bahía que no dista mucho de aquí. Tres fueron los bajeles sublevados. Las principales cabezas de la sublevación fueron Luis de Mendoza y Gaspar de Quesada. Ellos me pusieron en libertad, y yo combatí en favor de ellos. Sólo dos bajeles quedaron sujetos

al portugués. De los otros tres disponíamos nosotros. Magallanes, no obstante, pudo vencernos. Entró al abordaje en nuestros navios y Luis de Mendoza murió cosido á puñaladas. Horribles fueron los castigos que Magallanes impuso. Á Gaspar de Quesada, por mano de su propio criado, que sirvió de verdugo, hizo que le cortaran la cabeza. Y descuartizados los miembros de Quesada y de Mendoza, fueron suspendidos de los mástiles para espantoso escarmiento de todos. No sé por qué Magallanes me perdonó la vida y tuvo compasión de mí, si compasión puede llamarse. El feroz capitán, al ir á entrar en el Estrecho, me dejó abandonado sobre la costa inhospitalaria. Él siguió su viaje con sólo tres bajeles, porque de los cinco uno naufragó y otro, el *San Antonio*, logró escapar, y yo espero en Dios que á estas horas se hallará de vuelta en Sevilla, donde dará cuenta de la ferocidad y de la locura de que hemos sido víctimas.

Al oír Morsamor aquel relato, reflexionó melancólicamente que los laureles incruentos que él había imaginado acaso eran imposibles en aquella edad en que él vivía. Pensó que sin duda era menester regarlos con sangre: que el temple de voluntad de quien los cultivase había de ser como el del acero y las entrañas como las del tigre. Así se absolvió de su pecado, si le hubo, en la muerte de Tomás Cardoso. Así se

calificó hasta de benigno. No por eso su absolución fué acompañada de alegría, sino que sintió pesar más negro en el fondo del alma al imaginar cuán difícil era, sin culpa, sin estrago y muerte, conquistar por la acción la suspirada gloria.

Sustrayéndose luego á las tristes reflexiones de su harto exagerado pesimismo, Morsamor preguntó á Juan de Cartagena:

—¿Y quién es este que Magallanes dejó abandonado en tu compañía?

—Este, respondió Juan de Cartagena, fué quien más nos solevantó y alborotó con sus discursos. Es un fraile cordobés, llamado Fray Blas de Villabermeja.

Morsamor fijó entonces su atención en el fraile, le reconoció, fué hacia él y le echó los brazos al cuello.

—¡Querido paisano!—le dijo.—Cuánto me alegro de poder servirte y valerte en esta ocasión. Tú eres de un lugar que apenas dista un cuarto de legua de mi patria, Zuheros.

Morsamor y también Tiburcio reconocieron en el fraile abandonado á un antiguo colega del mismo convento en que ellos habían vivido, pero el fraile no reconocía á ninguno de los dos por más que maravillado los contemplaba. Se lo impedían el mágico remozamiento del uno y la gallarda é insolente apostura del otro, tan

distinta de la humildad claustral que había afectado cuando era novicio. Pero sin que le importase mucho reconocerlos ó no, Fray Blas de Villabermeja se dejó querer y agasajar y dió gracias al cielo que de su abominable destierro le libertaba.

Después de tan raro encuentro, la historia de la navegación de la nueva *Argo* nada notable ofrece ni refiere durante más de cuarenta días. Sólo se sabe que Morsamor fué tan venturoso, que navegó con velocidad increíble. Al fin vino á hallarse á corta distancia, casi á la vista de Sagres, como si la Providencia dispusiese que en el punto que había hecho famoso el Infante don Enrique, iniciador de los grandes descubrimientos, terminase su viaje el hombre que iba á cerrar el ciclo y á dar comienzo á nueva Era.

XL

No todas las dificultades se habían allanado. Nadie hasta el fin puede cantar victoria. Á veces el más hábil auriga, al ir á alcanzar la palma salvando la meta, suele tocar en ella y dar lastimoso y mortífero vuelco.

De repente vieron Morsamor y los de su nave un gravísimo peligro que venía sobre ellos, de que ya no podían esquivarse con la fuga y que

era menester arrostrar con heroica y casi sobrehumana valentía.

Una enorme galera se aproximaba dándoles caza. En su proa y en su popa tenía sendas bombardas, y tres falconetes en cada costado. Estrecho era el barco de babor á estribor, y la longitud de su eslora hacía que hendiese rápidamente las olas á impulso de los treinta remos que llevaba en cada banda.

Lorenzo Fréitas no dudó ni un instante de que aquella nave era de corsarios argelinos.

—Salvarse huyendo, decía, sería un milagro que no debemos esperar de la bondad divina. Nuestra artillería vale poco ó nada, y, si la empleamos, sólo conseguiremos provocar y enojar al corsario, que con la suya nos echará pronto á pique, sobreponiéndose su cólera á la codicia que le mueve á apoderarse de la presa. Rica debe de imaginársela. Nuestro barco no tiene aspecto guerrero, sino trazas de lo que es: de nave mercante que vuelve de la India. En su imaginación verá ya el corsario los ricos tesoros de que pronto va á hacerse dueño. Podemos pelear y defendernos, pero sin esperanza. Señor Miguel de Zuheros, creo de mi deber deciros mi opinión con franqueza.

—Yo la acepto y la estimo, respondió Morsamor.—Y con la misma franqueza voy á exponer mi parecer, aunque ya en forma de órdenes im-